

El aumento de las emisiones de ciertos gases (dióxido de carbono, metano y otros) está produciendo una intensificación del efecto invernadero, y un cambio generalizado del clima terrestre.

Este fenómeno, que tiene su origen en la época de la Revolución Industrial, se debe, sobre todo, a la utilización de combustibles fósiles y al deterioro de la cubierta vegetal de gran parte de la Tierra.

Como consecuencia del mismo, las temperaturas terrestres han ascendido de forma continua, y cada vez más rápida, a la vez que las precipitaciones muestran una creciente irregularidad.

Los modelos climáticos disponibles hablan de una subida global de las temperaturas que, en el siglo XXI, podrían, en el peor de los casos, acercarse a 6°C. Si estas proyecciones se cumplen, las consecuencias podrían ser catastróficas para la Tierra ya que supondrían la desaparición de gran parte de los hielos terrestres (glaciares continentales, banquisa ártica...), una importante subida del nivel del mar, la desaparición de numerosas especies, el aumento de los fenómenos meteorológicos adversos (ciclones, olas de calor...), etc.

En España, los datos disponibles permiten observar un calentamiento y una tendencia a la disminución de las precipitaciones en las regiones mediterráneas mientras que en la fachada atlántica, si bien las temperaturas muestran una tendencia similar, la evolución de las precipitaciones resulta más incierta.

